

LUIS TAMARGO

A MEDIA DISTANCIA



RELATOS

LUIS TAMARGO

A MEDIA DISTANCIA

SANTANDER

2006

© Luis Tamargo Alonso

leetamargo@gmail.com

Santander, 2006.

Depósito legal: SA. 372-2006.

Índice

Prólogo

A M E D I A D I S T A N C I A

Cualquier esquina
Un señor de gris
Anoche en el lago
No hay muros
Un caso aparte
Vecinos lejanos
No tiene precio
Cambio de aires
El terraplén
Demasiado de prisa
Siempre amigos
Cautivos
Media distancia
El reportaje

PRÓLOGO

Al movernos por el paisaje de las creaciones artísticas, siempre luchan entre sí la magnificencia de lo grandioso frente al intimismo del sentimiento. Ambos son compatibles, complementarios y necesarios. Según los momentos podemos preferir escuchar una sinfonía de Beethoven más que una sonata de Mozart, podemos contemplar con más deleite una Anunciación de Fra Angélico que un óleo de Rubens, o encontrar más placer sintiendo en nuestras manos una porcelana china que acariciando un mármol del Partenón. Por razones similares, deambular por las recoletas calles de una pequeña aldea puede producirnos más satisfacción que el esplendor de un paseo por los Campos Elíseos.

La grandeza de las catedrales góticas nos asombra y nos maravilla, pero nuestra devoción no se mueve por sus dimensiones. El intimismo religioso encuentra mejor acogida en una humilde iglesia mozárabe, en una pequeña capilla. De la misma manera que el barroco sonido de un órgano que hace vibrar una fuga de Juan Sebastián Bach, no tiene porqué ser superior al chisporroteo de una vela bajo un pequeño icono bizantino. La belleza de las cosas no depende de su tamaño, sino del sentimiento que genera en quienes las contemplan.

Existen creadores que deslumbran por su exuberancia, por la genialidad de su lenguaje. Los versos de Calderón no pueden compararse con la sencillez de Gutiérrez de Cetina, ni Corneille con Verlaine, ni Shakespeare con Oscar Wilde o Goethe con Rilke. Junto a los autores que nos sobrecogen, abrumados por su grandeza en un síndrome de Stendhal que nos inmoviliza. Pero también existen los maestros del intimismo, aquellos que hilvanan experiencias personales y las transfieren de tal forma que al acabar su lectura, te inunda una sensación de bienestar o inquietud que te unen fuertemente al autor.

De igual forma, existen músicos que embargan el ánimo en la grandeza sonora de hermosas composiciones orquestadas y otros que sólo precisan de las delicadas notas de un piano, o el intimismo de un grupo de cámara para transmitir el inmenso lirismo de su obra. No se requiere un gran coro para transmitir la belleza de un canto, a veces son

más sugerentes unas voces — a capella. ¿Quién nos llega mejor al corazón, —Carmina Buranal de Orff o el —Ave María || de Schubert?

Luis Tamargo describe con sencillez un mundo de pequeños cuadros en prosa, donde el lirismo se confunde con la descripción naturalista, con la sugerencia de un lenguaje evocador, con la vivencia personal que trasmite en muchos de sus relatos . La obra de Luis Tamargo posee matices de —literatura pictórica||, donde las sombras, los matices, los claroscuros de sus narraciones nos recuerdan las brumas marítimas de Turner. Su mundo de ensueños nos aproxima, en ocasiones, al sorprendente René Margritte, sin que distingamos bien si la luz o la noche dominan el cuadro. Pero donde sentiremos más próximo el hálito de Tamargo será con la obra de un pintor americano, Edward Hopper, auténtico genio de la nostalgia, la sencillez y la soledad. Cuando se contemplan sus escenas urbanas o el intimismo de sus habitaciones, nos invade una atmósfera de sencillez y auténtica realidad envuelta en poesía.

En esa mezcla de Margritte, de Hopper, de Fra Angelico, de Rilke, de Chopin, de los anónimos canteros mozárabes, de la sencillez de una fila de chopos a la vera de un riachuelo, se mueve Luis Tamargo.

Pleno de metáforas originalísimas, —ojos inertes de madera vieja||-, con descripciones oníricas donde la imaginación y el ensueño se confunden en dentro de una inquietante niebla poética —tenue sombra en un laberinto de misterios presentidos||-, de desconcertantes sueños con evocaciones kafkianas —Algo habrá hecho||, —Callejón perdido||-, de inquietantes vivencias kafkianas —Vecinos lejanos||- o de íntimos deseos —Siempre amigos||- la prosa de Luis Tamargo se desliza suave para sugerir múltiples sensaciones al lector. En ellas la descripción de un mundo de vivencias íntimas, de velados temores, se entrecruza con la realidad vivida, con el ensueño anhelado, y la amargura de las experiencias personales se sublima en la poesía de los sentimientos sencillos.

Así escribe Luis Tamargo. A muchos nos gustaría sentir como él.

JAVIER DOMENECH

CUALQUIER ESQUINA

*"-Mire, doctor, fue el viento pardo...
El médico se enfadó".
Ignacio Aldecoa.*

La ciudad callaba, sólo un viento racheaba las calles vacías mientras los perros más madrugadores vaciaban los contenedores en busca de algo más provechoso que el frío. Un bote de lata calló al suelo y, con estruendo, rodó hasta sus pies, pero no se inmutó. Los plásticos volaban en traviesas filigranas, y una hoja de periódico chocó contra su rostro; tan sólo resopló, el viento volvió a llevarse el papel de nuevo. Era la esquina de Ron, él ya no se acordaba desde hacía cuánto. Envuelto entre cartones se hacía el remolón para despertarse, además, la helada mañana tampoco ayudaba; poco a poco se desentumecía. Algún vehículo aislado anunciaba el amanecer de otra jornada gris al borde del empedrado, duro, pero ya familiar. Se incorporó con una titubencia, casi hasta sentarse, porque aquello le había pasado y él sabía que podía ser capaz aún de sorprenderlo. Entre el ruido y el viento, un furgón blindado aparcó haciendo rechinar las ruedas al subir sobre la acera. Ya lo había visto en tres o cuatro ocasiones anteriores, de los más de once años que llevaba sobreviviendo en los alrededores de su esquina predilecta. No tenía otro lugar adonde ir; tampoco es que le hubiera tomado cariño al sitio, pero allí aguardaba algo, lo sabía, tal vez aquella vez fuera la señal...

Los cuatro hombres que descendieron del furgón abrieron las puertas traseras: uno subió rápido los escalones que conducían al Museo de Arte, junto al Conservatorio, para abrir la entrada principal, mientras el conductor sujetaba el portón del vehículo. Los otros dos cargaron el peso de un enorme paquete embalado, que introdujeron al Museo con cuidado de no tropezar en los escalones. Ahora no tardarían en salir y cargar con otro pesado paquete, quizás varios en esta ocasión, si hubiera suerte.

Cuando finalizaron la descarga los hombres volvieron al interior del vehículo, y no fue hasta que desaparecieron de su vista, cuando Ron se decidió a reincorporarse del todo. Cruzó la calzada y enfiló la calle cercana, un tanto tambaleante, hasta dar vuelta a la manzana; allí descendió por las escalinatas del puente y se adentró en el túnel, no (...)

EL AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. De profesión Documentalista clínico, cursó estudios universitarios de Letras y Humanidades y ha publicado “Escritos Para Vivir”, de poesía (1998), “Era un bosque” (2004) y “A media distancia” (2006), de narrativa. Además de su obra poética, agrupada en diversos poemarios, ha colaborado en revistas literarias como “Narrativas”, “Arco”, “Letras” y “Amalgama”, entre otras. Y en 2017 quedó ganador del Premio de Narración Breve del Consejo Social de la Universidad de Cantabria. En la actualidad trabaja en el ámbito de la novela y prepara una nueva selección de relatos breves, donde la prosa adquiere esa dimensión poética y emocional que le caracteriza.

El autor.

leetamargo@gmail.com

* *Colección “Son RELATOS”: © Luis Tamargo.*

SANTANDER

2006
